

Algunas reflexiones sobre las pioneras del trabajo social y el papel de la educación

MIGUEL MIRANDA ARANDA

Profesor Titular de Universidad.

Decano de la Facultad de Ciencias Sociales y del Trabajo de la Universidad de Zaragoza

“La educación que tiende a elevar el nivel físico y mental y el bienestar de las gentes, debe ser ampliamente promovida”
Gordon Hamilton. 1940.

Resumen: Las pioneras del Trabajo Social creyeron en la Educación como instrumento de cambio y de reforma social. La concibieron, de la mano de los pragmatistas e interaccionistas, como un elemento clave en la configuración de la mente individual porque ésta sólo se forma en las relaciones sociales. Por ello reclamaban que debía de ser ampliamente promovida y, por ello, llenaron las sedes de los Settlements de aulas y bibliotecas. Lejos de las influencias del determinismo biológico, de la predestinación y del evolucionismo social responsabilizaron a la sociedad del proceso de configuración de la mente individual. En el debate Individuo-Sociedad, concluyeron que hay que tener siempre en cuenta los factores individuales pero también y, al mismo nivel, los factores sociales. Un sistema educativo nace de las relaciones sociales y es fundamental para la formación de eso que llamamos la *mente humana*, el hombre, dice Richmond.

Palabras clave: Pioneras. Trabajo Social. Educación. Pragmatismo. Interaccionismo Simbólico.

Title: Some thoughts on the social work pioneers and the role of education.

Abstract: The pioneers in social work believed education as an instrument of social change and reform. Was conceived at the hands of the pragmatists and interaction as a key element in the configuration of the individual mind because it only forms in social relations. Therefore claimed that it should be widely promoted and, therefore, filled the seats of the settlements of classrooms and libraries. Away from the influence of biological determinism, predestination and the social evolution of society blamed the configuration process of the individual mind. In the individual-society discussion concluded that we must always take into account individual factors but also and at the same level, social factors. An education system stems from social relationships and is essential for the formation of what we call the human mind, man, says Richmond.

Keywords: Pioneers. Social Work. Education. Pragmatism. Symbolic Interactionism.

UNA APROXIMACIÓN AL CONTEXTO

Una reflexión sobre la importancia concedida por las pioneras del Trabajo Social a la Educación hay que contextualizarla en el momento histórico y en los procesos de construcción del incipiente pensamiento científico en el ámbito de lo social a finales del XIX y, sobre todo, a principios del XX. Como es sabido, la vida y la

obra de Richmond se desarrollan en una época en la que uno de los principales debates en las Ciencias Sociales (y desde luego, en la disciplina aplicada por excelencia, el Trabajo Social) no es otro que el de la relación entre el individuo y la sociedad. Tal cuestión a juicio de R.M. Mac Iver, es, ni más ni menos, que “la cuestión fundamental de la Sociología” (Mac Iver, R.M., Page, Charles H. 1961:43)¹. También lo era para el Trabajo Social, que

1. El título de la versión original es *Society*, editada en Nueva York por Rinehart & Company.

comenzaba a dar sus primeros pasos habiendo recibido una fuerte herencia ideológica y religiosa y aunque muy tempranamente las pioneras intentan abandonarlas para subirse al carro de la Ciencia, la tarea no fue tan fácil. Concepciones calvinistas, evolucionistas incluso, perduraron durante décadas y quién sabe si todavía influyen en las prácticas cotidianas aunque se les llame de otra manera. (Travi, B. 2006)

Tal y como se planteaba la cuestión en el Trabajo Social era relevante para avanzar en su propio proceso de creación de identidad profesional y disciplinar, para su propia existencia diferenciada. Parece claro que la vocación de intervenir en la realidad, de partir del conocimiento científico para producir procesos de cambio, fue evidente desde el principio. No se trataba solamente de descubrir las leyes que rigen la vida social, se trataba de producir cambios, de enfrentarse a los innumerables problemas sociales que había traído consigo la revolución industrial para lo cual las viejas instituciones religiosas o filantrópicas y sus viejos métodos se habían revelado como inoperantes. Es obvio que es esta "tradicción de intervenir" que se alimenta de Luis Vives, de Federico Ozanam, del método Elberfed, de Chalmers, de San Vicente de Paul, etc., la que constituye un antecedente irrenunciable que, de alguna manera, configura la voluntad de aquellas admirables mujeres que, en una época apasionante en la que todo cambió a la velocidad de la luz, supieron vislumbrar que algo nuevo había que inventar. O dicho de otra manera, que se habían creado las condiciones para el nacimiento de una nueva profesión. No hay duda alguna, escribe M. Foucault (1999:335), ciertamente, de que el surgimiento histórico de cada una de las ciencias humanas aconteció en ocasión de un problema, de una exigencia, de un obstáculo teórico o práctico...

Pero el dilema que se plantea es importante, el más importante diría yo. Estando tan presentes en el ambiente las influencias calvinistas, a las que más adelante nos referiremos, y el enorme peso del evolucionismo social de Spencer ¿dónde poner el foco de atención? ¿Qué camino tomar? ¿Se opta por centrarse en el individuo haciéndole responsable de su propia situación o incluso convirtiéndole en víctima de sus propias insuficiencias, debilidades, vicios o incluso pecados, o, por el contrario, se amplía el foco haciendo responsable a la sociedad, a las estructuras sociales de que cada vez más individuos y sus familias desarrollen sus vidas en la pobreza y sin esperanza de salir de ella? Sin duda hubo en las C.O.S. quien defendió la primera opción especialmente en Inglaterra y también en los Estados Unidos durante las primeras décadas de su existencia que coincidieron con la segunda mitad del siglo XIX. También, en honor de la verdad, estuvieron presentes en algunas sedes del movimiento de los Settlements, porque no todos ellos eran Hull House, ni contaban con alguien de las ideas de Jane Addams en sus Juntas directivas. Hay que imaginar que la consolidación de una postura relativamente común fue lenta

y laboriosa y, quizás, nunca llegó a ser unánime, aunque sí mayoritaria, precisamente por las decisiones que defiende Mary Richmond y que veremos expresadas con absoluta claridad en la obra de su sucesora Gordon Hamilton, escrita en 1940, cuando ya el diluvio psiquiátrico se había producido y la influencia del psicoanálisis es evidente en la Escuela de Nueva York, en primer lugar. Y luego en Pennsylvania con Virginia Robinson y Julia J. Taft. Y en Chicago con Perlman. Y yo diría que en el Trabajo Social británico y norteamericano hasta nuestros días.

Sin duda es en medio de estos debates en los que hay que situar el papel asignado a la educación por nuestras pioneras. Y, adelantando nuestra hipótesis, diremos que tanto en las C.O.S. a partir de la influencia de M. Richmond y las múltiples ediciones de *Social Diagnosis* y también en el movimiento de los Settlement, el esfuerzo por educar a los individuos ocupó un papel central. Y ello por varios motivos. Como insinuaremos al menos, más adelante, son los filósofos pragmatistas los que gozaron de más prestigio e influencia en los años clave de comienzos de siglo. Entre ellos John Dewey que influyó, de manera decisiva, en la Escuela de Chicago y, a través de ellos, o junto a ellos en el caso de Jane Addams, en el Trabajo Social. (Jiménez Sánchez, J. 2010). Me atrevo a afirmar que fue el Pragmatismo lo que inspiró no pocas opciones de nuestras pioneras. Un Pragmatismo que luego, alguna década después, convivió con el Interaccionismo Simbólico y, además, con el Psicoanálisis en el caso de Hamilton, en lo que desde mi punto de vista, constituye un ejemplo paradigmático.

Para los pragmatistas el papel de la educación como instrumento de cambio social es fundamental. Tiene que ver con la igualdad de oportunidades, con la construcción de una sociedad más justa e igualitaria, tiene que ver con la solución, lenta pero solución al fin y al cabo, de tantos y tantos problemas que afectan a los millones de emigrantes llegados a los EE.UU. procedentes de los lugares más lejanos. Por ello en Hull House, y a su imagen y semejanza en otras muchas sedes de los settlements, se instalan bibliotecas, se imparten clases de inglés en primer lugar, de cultura, de cocina. Existen fotografías de aquellas actividades y planos de los edificios en los que se impartían aquellas clases. Tenemos fotografías que muestran la importancia concedida a la educación musical como aquella en la que aparece la banda de música de Hull House, en la que aprendió a tocar el gran clarinetista Benny Goodman. En Hull House, nos dice René Sand (1931:41) se imparten cursos, conferencias, conciertos, representaciones teatrales, demostraciones gimnásticas. Hay biblioteca, gimnasio, caja de ahorros, clubs de niños, de adolescentes, talleres para los parados...

En realidad esa voluntad de crear una institución educadora en medio de los barrios obreros es lo que Jane Addams aprendió en su visita a Toynbee Hall en Londres. La idea del pastor Barnett no era otra que crear las condiciones de un "intercambio de co-

nocimientos". Los universitarios que aceptasen el compromiso de ir a vivir durante un tiempo al barrio obrero aportarían sin duda sus conocimientos contribuyendo a aumentar el nivel cultural de sus habitantes, pero ellos también aprenderían de las duras condiciones de vida de sus nuevos vecinos. Esa fue la idea motriz de la que Addams, a sus 27 años y en su segunda visita a Europa, se enamoró hasta comprometer su vida para desarrollarla. Y en esa idea se encontró con Dewey, para quien la Escuela es el instrumento de progreso social, la educación es el método fundamental para el progreso y la reforma social.

Detengámonos en los términos del debate Individuo-Sociedad. ¿Cómo se forma la mente individual? ¿Cómo se desarrolla la personalidad individual? ¿Qué papel juegan las relaciones sociales? ¿Qué es anterior el todo –la sociedad– o la parte –el individuo? ¿Hay que atender a las características comunes de los seres humanos o por el contrario han de tenerse presente las diferencias individuales? ¿A qué disciplinas hay que estar más atentos, a las que se ocupan de lo individual, la Psicología, la Psiquiatría... , o a las que amplían su foco a lo colectivo como la Psicología Social, la Sociología, la Antropología... o a todas a la vez?

En 1922, Richmond, cuando en *What is social case work?* reflexiona sobre estas cuestiones, afirma que, para definir el Trabajo Social de casos individuales (habla del desarrollo de la personalidad), optó por el camino de la ciencia social, más que por el de la Pedagogía, la Psicología o la Teología, pero incluye, a pié de página, dos referencias que queremos traer aquí a colación. (Richmond, M. 1982:65) La primera se refiere a la Pedagogía y es una cita de Thistleton Mark:

Pedagogía: "El desarrollo de la personalidad es debido a las tendencias interiores tanto como a las influencias y a las acciones externas. Es, en parte, obra de la naturaleza, pero también es obra de la educación y de la experiencia... Hasta ahora, las dos consideraciones vitales para el filósofo y para el educador son, por un lado, la fuerza interior y la tendencia del individuo; por el otro, la naturaleza y los efectos de la realidad que lo rodea". Thistleton Mark, "The Unfolding of Personality as the Chief Aim Education".

La segunda la refiere a la Ciencia Social y es una cita de R. M. Mac Iver:

"Ciencia social: La socialidad y la individualidad son los aspectos de la realidad única, que es la personalidad. La personalidad es el valor final, la única cosa en el mundo que vale la pena ser poseída por sí misma. No queremos con

esto, naturalmente, decir que toda especie de personalidad sea buena por sí misma sino más bien que ninguna otra cosa que no sea la personalidad puede ser buena por sí misma. La sociedad mejor ordenada es la que desarrolla mejor la personalidad de sus miembros". R. M. Mac Iver. The Elements of Social Science, p. 153.

Estas citas están en la misma página en la que Richmond cita el caso de Helen Keller y a su educadora, miss Sullivan, señalando que su éxito se basó en la manera en la que ésta empleó las relaciones sociales para desarrollar la personalidad de su difícil alumna. Pero tiremos del hilo del representante de la Ciencia Social, citado por Richmond, R. M. Mac Iver y vayamos a su manera de entender la cuestión. En el libro titulado originalmente *Society* y escrito con su colega Page, comienza su primera página haciéndose una pregunta que algunos, al parecer, le hacían con cierto desdén: "Bueno, ¿y de qué trata la Sociología? A lo que responde:

"La pregunta, hecha así, es ociosa. La Sociología es un campo de estudio. Si se quiere saber de lo que "trata" una ciencia sólo se podrá aprender estudiando dicha ciencia (...). Por ahora, bastará decir que la Sociología trata de las relaciones sociales, de esa red de relaciones a la que llamamos Sociedad".

Para hacer entender a los neófitos de qué va esto de la Sociología, dicen los autores, que escriben el libro y dedican el capítulo III al problema que nos ocupa: El individuo y la sociedad. Ese es su título. Y el subtítulo: La cuestión fundamental de la Sociología. Y en él plantea una serie de preguntas que no son aspectos diferentes de una cuestión fundamental: la relación de la unidad, el individuo, con el grupo y el sistema social².

"Esta cuestión es el punto culminante y el centro de toda investigación sociológica, y, en gran parte, el fruto de cualquier estudio sociológico se mide por su aportación al problema de la relación entre individuo y sociedad". (1961: 42).

Según este autor, al que nos remitió la propia M. Richmond, se han formulado dos soluciones, al mismo tiempo, equivocadas y opuestas, que han ejercido una particular influencia en la historia del pensamiento social occidental: la teoría del "contrato social" y la teoría del "organismo social".

1º Respecto a la teoría del contrato social Mac Iver refiere que, por lo menos, en el siglo V antes de Jesucristo, varios filósofos habían considerado a la sociedad como un artificio ins-

2. La relación aludida no ha perdido actualidad a lo largo de la Historia de las Ciencias Sociales. Ver por ejemplo el libro de Frederic Munne (1996) titulado *Entre el individuo y la sociedad*.

tituido deliberadamente por el hombre para la consecución de determinados fines. Cita a Thomas Hobbes y su Leviathan, un autor del siglo XVII, según el cual la sociedad es un medio para la protección del hombre contra las consecuencias que puedan derivarse de la tendencia natural del individuo a obrar sin trabas. Cita a continuación a Adam Smith, para quien la sociedad es un recurso artificial de mutua economía. No se olvida de los individualistas del siglo XVIII que sostuvieron que los hombres habían “nacido libres e iguales” en su estado natural, y que su creación de un contrato social servía simplemente a los efectos de las conveniencias sociales de orden y protección. Habla de Rousseau pero no lo nombra. Todas estas teorías, dice Mac Iver, ven a la sociedad como basada en algún tipo de contrato original entre los individuos mismos o entre el pueblo y el Gobierno. Se ha usado esta opinión como argumento para la “protección” del individuo “contra la sociedad”, y a veces ha sido utilizada con el propósito opuesto de acrecentar el papel de la organización política en la sociedad.

Dice Mac Iver que es fácil encontrar muchos ejemplos de la opinión que implica o se basa en la teoría de que la sociedad es algo que, en una u otra época, los hombres inventaron e instituyeron. Pero:

“Existen buenas razones para que debemos rechazar esta hipótesis, puesto que se funda en la falsa suposición de que los seres humanos existen o pueden llegar a existir, fuera o prescindiendo de la sociedad. Ello implicaría que los hombres fuesen individuos antes de “formar parte” de la sociedad y de que estableciesen un orden social que protegiera sus propiedades, sus derechos, sus vidas o cualesquiera otros fines que, a sus ojos, fueran deseables. Tan errónea presunción sólo es posible cuando no reparamos en el hecho de que el hombre como individuo y la sociedad son inseparables. Ninguno de los dos es anterior al otro en la historia de la evolución humana”. (1961: 43)

2ª La teoría orgánica de la sociedad. Se debe de evitar, afirma nuestro autor, el error opuesto, en la teoría del contrato social:

“Tal error se encuentra implícito en la opinión que considera a la sociedad (o alguna de sus partes, la nación, por ejemplo) como un organismo. Esta idea tan antigua, por lo menos como la del contrato, ve a la sociedad como un sistema biológico, un enorme organismo, tanto en su estructura como en sus funciones, que muestra el mismo tipo de unidad que el organismo del individuo, y que está sujeto a leyes similares de desarrollo, madurez y decadencia. Las células de la sociedad son las personas individuales, y sus órganos y sistemas, las asociaciones, e instituciones. En su forma extrema esta teoría

identifica las estructuras específicas de la sociedad con los órganos y sistemas biológicos, encontrando en ella algunos autores duplicados del cerebro, los pulmones u otros miembros del organismo. Otros organicistas menos extremados, como el sociólogo de comienzos Comte, han procurado más bien probar que la unidad de la sociedad y la participación de los individuos en ella, permiten considerarla como un organismo. Y otros, por último, tratan de demostrar que la sociedad pasa por el proceso orgánico de nacimiento, juventud, madurez, vejez y muerte” (Mac Iver et al. 1961: 43).

Los autores añaden unas cuantas referencias a pie de página. Curiosamente ninguna de Spencer. Y concluyen:

“Se equivoca el que diga que es únicamente la sociedad la que da vida y aliento a sus individuos, que nuestra consciencia es sólo una expresión de la consciencia social. A esto debemos replicar que es exclusivamente en nosotros, en sus individuos, en donde la sociedad “vive”. Es un error decir que pertenecemos a la sociedad lo mismos que las hojas pertenecen a los árboles o las células al cuerpo. En realidad, la sociedad significará muy poco, a menos que sus individuos mismos sean reales. Cualesquiera que sea la utilidad literaria o sugestiva que la analogía orgánica posea, no debe convertirse para nosotros en una interpretación de la relación básica de la vida, la relación entre la sociedad y el individuo, ya que el organismo, al igual que la opuesta teoría individualista del contrato social, niega uno de los aspectos de esta relación” (Mac Iver et al. 1961: 45).

Y, a continuación, somete a examen la relación del individuo con la sociedad, trayendo a colación, en primer lugar, algunos casos de vida en estado salvaje para poner de manifiesto que “la naturaleza humana únicamente se desarrolla en el hombre cuando es social, sólo cuando él es uno más de los muchos hombres que participan en la vida en común”. Y en segundo, y con el título “El desarrollo de la conciencia del propio ser”, refiriéndose al “estudio del proceso gracias al cual el niño desarrolla su capacidad para convivir en sociedad nos proporciona una segunda prueba de la fundamental interrelación que existe entre la unidad (el individuo) y el conjunto al que pertenece. La aparición de esta disposición para la vida social constituye un aspecto de la evolución de la conciencia del propio ser, de la personalidad”.

Y sigue citando a George Herbert Mead, a Cooley y, en una nota a pie de página, un estudio de Faris de 1937 que, obviamente, M. Richmond ya no pudo leer:

“Algunos sociólogos y psicólogos sociales norteamericanos han estudiado durante muchos años el desarrollo de la con-

ciencia del propio ser. Como ha señalado G.H.Mead, la conciencia de la individualidad se desenvuelve a medida que el niño, en sus ensueños y en sus juegos con muñecos o con otros niños, asume los papeles de los demás. (...) Más aún: este proceso de aparición del propio ser implica para el niño una constante adaptación a los modos de obrar de los demás, factor éste que algunos sociólogos, como Charles H. Cooley, consideran de trascendental significado para la formación de su personalidad. El hecho de que esta conciencia del propio ser únicamente pueda llegar a existir en sociedad –sólo dentro del “toma y dame” del grupo en que vive– ha sido también claramente comprobado por otros investigadores más recientes”.

RICHMOND Y LA SOLUCIÓN INTERACCIONISTA

Mac Iver acude, pues, a los interaccionistas con Mead como principal figura, al que identifica como sociólogo o psicólogo social y no como filósofo, puesto que de Filosofía daba clases en Chicago. Si hemos dedicado algunas páginas a esta cuestión es porque nos parece clave para entender las opciones teóricas a las que se adscriben nuestras pioneras. El libro de Mac Iver y Page al que hemos acudido, es posterior al que cita en 1922 la autora de *“What is social Case Work”*, pero refleja muy bien el debate mantenido en los años anteriores. A este debate Richmond se refiere, en múltiples ocasiones, en relación con aspectos clave de su forma de entender el Trabajo Social, como es su comprensión de lo que denomina “desarrollo de la personalidad”. Y sin estas influencias, señaladas, no se puede entender a M. Richmond. Una de las conclusiones finales de su libro *“What is social case work”*³, precisamente la primera, la dedica a esta cuestión tras un párrafo en el que anuncia que se propone enumerar las bases esenciales de su filosofía que, advierte, no tiene por qué ser la de todos los trabajadores sociales, aunque cada cual ha de tener la suya.

“1º Los seres humanos son independientes. Existe en esta concepción una unidad espiritual de un profundo significado para aquellos que han comprendido todo su alcance y que procuran adaptar a él su vida. El profesor Maciver nos dice que <la sociedad mejor ordenada es aquella que desarrolla mejor la personalidad de sus miembros>. Lo contrario es también cierto. Se adquiere personalidad teniendo las relaciones necesarias con la sociedad; no se puede adquirirla de otra manera. El arte del trabajador social que se consagra al servicio de casos individuales, consiste en descubrir las rela-

ciones sociales que más convienen a un individuo y en procurárselas” (Richmond, 1982: 171).

Había anunciado, ya antes, su adscripción a las teorías interaccionistas de George Herbert Mead, afirmando, incluso, que sus teorías son una de las piedras angulares del Trabajo Social de casos individuales, recordando cómo el autor, de lo que luego se denominaría Interaccionismo Simbólico, llegaba a afirmar que la sociedad no es solamente el medio por el cual se desarrolla la personalidad, sino también la fuente y el origen de ésta. (Richmond, 1982:87). Y concluye de tal manera después de recordar la sorpresa que le causó la teoría, según la cual, la existencia de la sociedad ha precedido la del hombre, que había leído en un libro editado en 1906 en París, titulado “La ayuda mutua, un factor de la evolución” de Pierre Kropotkin, según cita ella misma a pié de página. No le debió convencer mucho tal teoría porque solamente años después dice nuestra autora:

“gracias a las teorías de la psicología moderna me di cuenta de la manera en que el conocimiento de su yo llega al hombre, yuxtaponiendo laboriosamente sus observaciones con respecto a las acciones y las reacciones de sus semejantes” (Richmond, 1982: 86).

Y sigue explicando que fue de la mano de uno de los primeros psicólogos que a su juicio puso en evidencia este descubrimiento, James Mark Baldwin al que cita como sigue:

“El desarrollo de la personalidad del niño no podría absolutamente proseguirse sin la constante modificación de su conciencia, por sugerencias que provienen de su ambiente. De este modo, a cada etapa, es realmente en parte, otro, hasta en su propia concepción de sí mismo” Y en otro capítulo que trata de la herencia social, Baldwin agrega: <el niño nace en un determinado medio social, así como nace en un aire de una determinada calidad. A medida que se desarrolla físicamente respirando uno, se desarrolla mentalmente absorbiendo el otro. La influencia es tan real y también tan tangible en los dos casos.”

A continuación, y antes de concluir la reflexión con la referencia a Mead, cita a Roysse del que entrecorriente lo siguiente:

“en resumen, entonces, yo debería afirmar aquí, como una verdad psicológica, lo que he demostrado más ampliamente en otra parte, es decir que se le enseña al niño a ser consciente

3. En su versión original fue publicado por la Russell Sage Foundation en 1922 en Nueva York. Por mi parte cito la traducción castellana publicada en Buenos Aires por la editorial Humanitas en 1982.

de sí mismo como se le enseña todo lo demás, por medio del orden social que lo educa. Si pudiera crecer solo en una naturaleza exenta de vida, nada prueba que se tornaría más consciente de sí mismo de lo que es actualmente un gato bien educado”.

En *Social Diagnosis* ya había reflexionado sobre estas cuestiones precisamente en un capítulo que titula “Presupuestos filosóficos”. En él, y tras una no menos importante declaración sobre la necesidad del avance conjunto de la reforma social y el Trabajo Social de casos, lo que más tarde denominaría la necesidad de la intervención al por menor y al por mayor, reivindica el gran número de reformas sociales que han sido fruto directo del Trabajo Social para a continuación volver a citar a Baldwin:

“El concepto del yo se deriva directamente de ciertas relaciones sociales; de hecho, es la forma que toman estas relaciones en la organización de una nueva experiencia personal. El ego que menciona en todo momento no es la abstracción aislada y solitaria que las teorías de la personalidad nos describen habitualmente. Se trata de una especie de red de relaciones entre tú, yo y los otros, en la que ciertas necesidades de intensos sentimientos, vida activa y pensamiento concreto me obligan a hacer hincapié una vez en un polo, llamándole yo; otras en otro, llamándole tú o él.”

Cita a continuación también a Edward L. Thorndike, el psicólogo conductista como otra manera de describir lo que Richmond plantea como la “noción de apertura del yo” en unas páginas en las que reflexiona sobre la importancia de las diferencias individuales. Pero ya anunciaba aquí, en 1917, que en el significado de estos conceptos y en este terreno teórico se jugaba algo fundamental para el Trabajo Social. Afirma Richmond que al Trabajo Social le está costando darse cuenta de que “la mente humana (y, en realidad, la mente es el hombre) puede definirse como la suma de sus relaciones sociales”.

Vemos, pues, cómo, tanto en su libro de 1917, como en el de 1922, cuando plantea cuestiones fundamentales para el Trabajo Social a las que denomina “presupuestos filosóficos”, se está refiriendo a los procesos de creación de la mente humana, de la personalidad. Y no lo hace por cierto en términos psicoanalíticos, como a veces se ha afirmado, sino en los mismos términos que los incipientes psicólogos, psicólogos sociales o sociólogos lo estaban haciendo.

“La mente humana puede definirse como la suma de sus relaciones sociales”. No somos capaces de precisar, aunque sí de intuir, las repercusiones que tal afirmación de la antigua secretaria general de la filial de la C.O.S. en Filadelfia tendría, tanto en el seno de su organización, o en el interior del movi-

miento hermano de los Settlement, aunque lo podemos suponer. Conviene recordar que a ambas organizaciones, no solo a las C.O.S., habían llegado algunas de las influencias ideológicas, teóricas o filosóficas, que diría Richmond, cercanas al evolucionismo social y al puritanismo. La pervivencia o la superación mediante la refutación, de tales influencias son claves en la vida de las organizaciones, y, desde luego, en el hacer cotidiano de las miles de trabajadoras sociales que comienzan a dar sus primeros pasos en una profesión incipiente, que ha de definir su lugar en el mundo de la interprofesionalidad: su objeto identitario, y también las teorías con las que construirse como disciplina y sus métodos de intervención desde luego. Los mismos retos que se planteaban por cierto a todas las demás ciencias incipientes. (Miranda, M. 2009).

La posición de Richmond en el debate es clara. Cita a los psicólogos que se autodenominan como los psicólogos más progresistas (Richmond, M. 2008:432) y se desmarca de las teorías evolucionistas de Spencer y su organicismo. Rompe, por tanto, con las tradiciones que, en el fondo, culpabilizan al pobre de su pobreza a los que, siguiendo a Ricardo Hill cuando describe el Modelo del Cliente Desfavorecido, se les presentaba como

“clientela caracterizada por la pobreza, familias matriarcales, frecuente y severa desorganización familiar. Se presentan como esencialmente pasivos, apáticos, desesperados y suspicaces frente a los representantes de la mayoría blanca del exterior. Muchos de ellos sienten que sus vidas están implicadas en problemas con la policía. Su escolaridad es pobre, piensan en una forma literal y son torpes en su habilidad para usar el lenguaje como un medio de comunicación. Son impacientes frente a la demora o a la restricción; gastan y consumen rápidamente. Están orientados hacia el presente más bien que hacia el futuro; manifiestan escaso interés en la propiedad o en el concepto de sociedad” (Hill, 1979: 18).

Hill, que ejerció como trabajador social en Canadá, y que cita el libro de Werner Lutz sobre los modelos emergentes en la práctica del Trabajo Social de casos, describe el Modelo del Cliente desfavorecido (o defectuoso-indigente), en el cual afirma, se basó la práctica cuando el Trabajo Social apareció en escena, por primera vez, históricamente. (Hill, 1979:17). Siguiendo a Lutz, se diseñaron los llamados modelos de socialización que incluirían el ya citado del Cliente Desfavorecido, el Modelo de Servicio Social Agresivo (o del *hard-to-reach-treatment*) de los años 50 en Norteamérica y, aun posteriormente, el denominado de socialización, propiamente dicho, desarrollado en los años 60. Pues bien, para Lutz, las personas a las que serían aplicables estos modelos fueron los crónicamente pobres y los miembros de cualquier grupo racial o étnico estigmatizado o reprimido.

“En la América del Norte el trabajo social está preocupado principalmente con los negros de clase baja que viven en los guetos de las grandes ciudades; así como también con los puertorriqueños y otras minorías de escasos recursos, los indios americanos, los “chicanos” del suroeste de los Estados Unidos, la gente blanca de los Apalaches rurales, los canadienses franceses de Nueva Inglaterra, etcétera.”

Este tipo de usuarios fueron descritos también, siguiendo a Hill (1979:18 y ss) por Maurice Moreau (1972), como individuos necesitados, clasificables en una de estas dos categorías:

- a) O bien que se halla en dificultades debido a condiciones o circunstancias que escapan a su control (siendo viudo, huérfano, incapacitado, anciano, etc.), en cuyo caso se le consideraba merecedor o indigente, pero a la vez inadap- tado; se le otorgaba ayuda aunque con cierta reticencia debido a una fuerte creencia en el recio individualismo, y cuando se daba limosna, el donador estaba generalmente más preocupado con los beneficios de su gesto para su salvación, que con los efectos de ella para su recipiente;
- b) O bien la persona necesitada no pertenecía a ese grupo, y entonces se la consideraba inmerecedora y defectuosa en el sentido de ser una víctima de su propia supuesta debilidad moral, por lo cual y de acuerdo con la filosofía calvinista, tal individuo era concebido como reflejando el mal y el pecado de la naturaleza humana, siendo la corrección y el castigo el único modo de eliminarlos; y tanto era así que hasta 1935 los indigentes podían ser despro- vistos de todos sus derechos civiles en varios Estados nor- teamericanos; también podrían perder sus derechos na- turales hacia sus hijos y se les mantenía deliberadamente en un nivel de vida insuficiente (bajo la doctrina de “menor elegibilidad”) con la esperanza de que ello les estimulara a realizar a un esfuerzo mayor.

Así pues, en los EE.UU. hasta los años sesenta se desarrollan modelos de intervención en el Trabajo Social de los que, sin duda, M. Richmond habría abominado. Se convirtió a las víctimas en débiles morales y, después, en débiles mentales, por el empeño en negar el carácter social y político de la pobreza, como describía Robert Castel en 1980:

“El desarrollo del social work tiene sus raíces en la tradición de la caridad y de la filantropía. Teniendo en cuenta el contexto religioso norteamericano y el rechazo a considerar la pobreza un problema social y político, esta herencia explica la preponderancia permanente de las conductas paternalistas y moralizadoras. Sin embargo, a finales del XIX y en los pri-

meros años del XX aparece una nueva doble tendencia, a la profesionalización y a la politización. (...) La profesionalización es el resultado del esfuerzo de la coordinación impuesto en el ejercicio de las antiguas prácticas caritativas de las diversas Charities Organisation Societies.(...) Paralelamente a esta profesionalización, se pone de manifiesto una cierta reacción contra la ideología moralizante de sus principios. Un profesional pone el acento sobre lo que él llama todavía una “ca- ridad preventiva”, pero es un modo de afirmar la necesidad de actuar sobre el medio social, en lugar de atenerse a la apreciación de las “deficiencias morales” o de “mérito” de los asistidos. Un comité, nacido del National Committee for Social Work de 1909, presenta una plataforma que recorta las principales reivindicaciones del programa que el Progressive Party de Theodore Roosevelt presentará en 1912 (y con el cual saldrá derrotado): salario mínimo, seguro de enfermedad, jornada de ocho horas, condiciones decentes de alojamiento... Estos años están igualmente marcados por el desarrollo del Settlement House Movement (...) Tales prácticas rompen con la tradición de los “visitadores de pobres”. (Castel y Lovell, 1980: 49).

La expresión *Social Case Work*, que designa la técnica por excelencia preconizada por el Trabajo Social, refleja cierta ambi- güedad. Por una parte, afirman, “una propensión a las interpre- taciones individualizantes pero que, por otra, no se refiere con buena conciencia a los antiguos códigos religiosos y morales. Al mismo tiempo, el nacimiento de una toma de conciencia de la influencia del medio social en la dependencia del asistido...”

Vemos, pues, que la influencia moralizante calvinista estuvo presente en las organizaciones, en cuyo seno nació la tendencia profesionalizante, la profesión una vez superada la época de los voluntarios. La vinculación de las C.O.S. y de los Settlement House a las diferentes confesiones religiosas era evidente. Re- cuérdese al pastor Barnett y Toynbee Hall. En la época pre-pro- fessional, en la organización de Octavia Hill, por ejemplo, se dio sin duda una mezcla de roles en los que por un lado acudían a ayudar, pero, también, a rezar y a convertir al asistido a la fe re- ligiosa. Conviene recordar también que, para cierta moral, la po- breza no era sino la señal de no estar entre los elegidos por la di- vinidad para la vida eterna, puesto que, si había algún indicio de salvación, no era otro que el triunfo económico. Los pobres desde esta perspectiva, incapaces de progresar, nacían, vivían y morían en la pobreza y atraían hacia sí cierta asimilación a una conducta desordenada, inadecuada cuando no inmoral y pecaminosa. Esa herencia religiosa e ideológica, como hemos relatado de la mano de Ricardo Hill se concretó en modelos de intervención hasta los años sesenta, pero quién duda de que sigue presente en nuestros días, tanto en el ámbito de las iglesias protestantes como, por

supuesto, de la católica. Se culpabilizaba así a los que no eran sino las víctimas de unas estructuras sociales que sometían a la mayoría de la población –la que emigraba buscando mejores perspectivas, la que constituía la mano de obra del sector industrial poblando las nuevas ciudades- a la pobreza, cuando no a la miseria, al hambre y a la enfermedad.

Sin embargo, por más que las perspectivas culpabilizadoras de la pobreza sigan vigentes, perdieron fuerza cuando cruzaron el océano y, por otro lado, cuando tuvieron que enfrentarse a las primeras teorías formuladas desde las Ciencias Sociales, que daban sus primeros pasos. En este sentido Mary Richmond, en ningún caso, es clasificable entre quienes defendían esas perspectivas. Por el contrario, atenta siempre a los avances del pensamiento científico, acude a la Pedagogía, a la Psicología, a la Sociología, a la Psiquiatría... para adherirse una teoría de la personalidad, en la que el individuo es algo incomprensible sin tener en cuenta el grupo social al que pertenece, sin profundizar en sus relaciones sociales. Por ello, en *Social Diagnosis*, en el "cuestionario aplicable a cualquier familia" sugiere el siguiente guión de análisis:

*“¿Qué tipo de educación recibieron los padres?
¿Con qué edad dejaron de ir a la escuela ellos y los hijos mayores?
¿Han recibido los hijos algún tipo de formación profesional?
¿Cómo es la educación de cada uno de los miembros de la familia en comparación con los de la comunidad en la que han crecido?
¿A qué escuela y curso va cada uno de los hijos en edad escolar?
¿Nombre de sus profesores?
¿Evidencia aportada por la escuela en materia de calificaciones, asistencia, comportamiento, estado físico y mental y cuidados del hogar?”* (Richmond, 2008: 446).

CONCLUYENDO

Como hemos visto, las pioneras del Trabajo Social conceden mucha importancia a las relaciones sociales en la formación de, nada menos, que la mente humana. Helen Bosanquet, citada por Richmond, habla de alma, pero no lo hace en términos espi-ritualistas:

“El alma literalmente es, o está formada por, toda su experiencia; y esta parte de experiencia, o vida del alma, en la medida en que se activa en un momento dado o para un

propósito concreto, constituye el yo en ese momento y para ese propósito. Sabemos cómo el yo crece y se expande cuando acatamos nuevas obligaciones, adquirimos nuevos intereses o formamos nuevas amistades; sabemos cómo se retrae cuando se suprime alguna esfera de actividad o un buen amigo nos deja. Literalmente, no metafóricamente, perdemos un aparte de nosotros mismos” (Richmond, 2008: 231).

Por el contrario, alma es sinónimo de mente, y la mente es el hombre, dice Richmond. Mente, persona y sociedad será el título del libro que los alumnos de George Herbert Mead (Mead, 1993) recopilaron después de su muerte⁴. El mérito de Bosanquet, una trabajadora social, es que escribe esto en 1898, unos años antes de que la Escuela de Chicago y Mead, en concreto, empezase a publicar. Si son las relaciones sociales, es fácil deducir que la educación tiene un papel fundamental en ese proceso de creación del “yo individual”, del “sí mismo” que diría Mead. De ahí el convencimiento que ya en la década de los cuarenta, la principal sucesora de M. Richmond en la Escuela de Nueva York, en la primera página de su libro, hiciese una declaración de principios en los que se basa el Trabajo Social que no pueden ser probados, dice ella, pero sin los cuales, el Trabajo Social carece de significado. Uno de ellos es el citado al comienzo de este artículo: *“La educación que tiende a elevar el nivel físico y mental y el bienestar de las gentes, debe ser ampliamente promovida”*.

Este convencimiento es lógico y coherente adscribiéndose al Pragmatismo y al Interaccionismo Simbólico. Es conocida la alergia de los de Chicago al evolucionismo aplicado a los seres humanos, por más que, una de sus más conocidas aportaciones, sea la Ecología humana. Por supuesto que fueron quedando marginadas las opiniones más cercanas a la importancia de la herencia genética, a la predestinación divina, que decide quien se salva o se condena, o al determinismo biológico, que convertía tiernos infantes en peligrosos delincuentes de manera irreversible. Por otro lado, los estudios sobre los fenómenos urbanos de Thomas, de Park y de sus discípulos, muchos de ellos trabajadores y trabajadoras sociales, pusieron en evidencia la raíz social de los problemas sociales. Desde este punto de partida podemos entender la expresión de Mary Richmond de que hay que intervenir al por menor y al por mayor. Es necesario la intervención a nivel micro, individualizado y familiar, pero también a nivel macro: a través de la reforma social. No es la debilidad moral propia de peligrosos proletarios adictos a la taberna y al alcohol, ni la debilidad mental la que explica que la pobreza afecte a tantas familias. Ella presume del papel que han jugado las primeras generaciones de trabajadores sociales en los cambios legales que tienen que ver con la

4. El título en realidad es *Espíritu, Persona y Sociedad*, pero evidentemente se trata de una mala traducción que ha sido repetidamente criticada por diversos autores.

reforma social. Hay que situarse en el momento histórico de los Estados Unidos de las primeras décadas del siglo XX para poder entender el significado de semejantes tomas de posición y las numerosas veces que aquellas mujeres incurrirían en lo que hoy llamamos posiciones “políticamente incorrectas”, por lo menos para el poder. Por eso una de las reformas sociales que hay que promover es hacer accesible la educación, porque a través de ella se forma la mente humana, se configura el ser humano.

Y, en este mismo contexto, hay que entender a Gordon Hamilton cuando, en el libro citado, insiste en que en toda intervención del trabajador social, hay factores, tanto internos como externos, de manera que una actuación correcta implica tenerlos en cuenta los dos: los factores individuales pero también los factores sociales. Y lo afirma ella, que es, sin duda, la representante más genuina de la influencia del psicoanálisis en el Trabajo Social. Si la obra de Hamilton hubiera sido más conocida por los trabajadores sociales en nuestro país, hubiéramos evitado algunos errores como por ejemplo centrarse en las necesidades y en los recursos. Habríamos caído en la cuenta de que una actuación desde el Trabajo Social no es un acto, sino un proceso. Un proceso delicado, costoso, incierto muchas veces, en el que el protagonista principal es el propio usuario y el trabajador social un acompañante experto. Experto, por cierto, en muchas más cosas que en catálogos de prestaciones y servicios.

En definitiva, las pioneras del Trabajo Social fueron mujeres de su tiempo, inmersas en los debates que se planteaban los primeros científicos sociales, alguno, incluso, se planteó gracias a su trabajo, y se adscribieron a las opciones que hoy denominaríamos como más progresistas, a favor de la igualdad de oportunidades, de la mejora del estándar general de vida, de la socialización de la riqueza, situando a la sociedad al servicio del individuo y no al revés planteando la hermandad universal como un horizonte utópico hacia el que había que tender. Hay que releer a Hamilton para descubrir esta síntesis de una escuela filosófica (el Pragmatismo), una teoría propia de la Psicología Social (el Interaccionismo Simbólico) y por último, del Psicoanálisis. Una síntesis por cierto, perfectamente construida; unas influencias que pudieron convivir en perfecta armonía.

BIBLIOGRAFÍA

- Castel, F.; Castel, F. Lovell, A. (1980): *La sociedad psiquiátrica avanzada. El modelo norteamericano*. Barcelona: Anagrama.
- Foucault, M. (1999): *Las palabras y las cosas*. Madrid: Siglo XXI.
- Hamilton, G. (1960): *Teoría y práctica del Trabajo Social de casos*. México: Ediciones La Prensa Médica Mexicana.
- Hill, R. (1979): *Caso Individual*. Buenos Aires: Humánitas.
- Jiménez Sánchez, J. (2010): "La dimensión social de la educación en John Dewey y su relación con el Trabajo Social". En Miranda Aranda M. (comp.): *Política social y Trabajo Social. Desarrollo histórico y debates actuales*. Zaragoza: Universidad de Zaragoza.
- Lutz, W. A. (1970): *Emerging Models of Social Casework Practice*. Mimeo: Escuela de Trabajo Social de la Universidad de Connecticut.
- Mac Iver, R.M.; y Page, Charles H. (1961): *Sociología*. Madrid: Tecnos.
- Maureau, M. (1972): "Social Casework: Social Control or Provision of Social Resources?" Citado por Hill, R. como texto mimeografiado de una conferencia pronunciada en Nueva York en mayo de 1972.
- Mead, G. H. (1993): *Espíritu, persona y sociedad. Desde el punto de vista del conductismo social*. Buenos Aires: Paidós.
- Miranda Aranda, M. (2009): *De la caridad a la ciencia. Pragmatismo, Interaccionismo simbólico y Trabajo Social*. (2ª Edición). Zaragoza: Mira Editores.
- Sand, R. (1931): *Le Service Social à travers le Monde. Assistance, Prévoyance, Hygiène*. París: Librairie Armand Colin.
- Travi, B. (2006): *La dimensión técnico-instrumental en Trabajo Social. Reflexiones y propuestas acerca de la entrevista, la observación, el registro y el informe social*. Buenos Aires: Espacio Editorial.